

Todos le obedecieron: la desnudez de Luisa había desaparecido ante la mirada de los cuatro, que sólo veían entonces un drama lamentable, el drama de un nacimiento disputado que mataba y destruía la idea del amor.

Á la luz brutal de la bujía, no quedaba allí sino la humanidad doliente, el alumbramiento en un lago de sangre y de miseria, que hacía rechinar el vientre de la madre, que alargaba hasta causar horror el rojo seno de la desdichada, semejante á un golpe de hacha que abre el tronco de un árbol y da salida á la savia de la eflorescencia.

El médico, hablando á media voz, quitóse la levita y se levantó las mangas de la camisa hasta por encima del codo.

—La introducción de la mano va á ser difícil—dijo—por habernos retrasado algún tiempo. ¿Veis? El hombro del niño aparece ya en el cuello.

En efecto, el niño se presentaba entre los musculos carnosos y enrojecidos, pero estaba quieto allí, sin movimiento, por la contracción del órgano materno.

Y sin embargo, la madre, aunque desvanecida, le impulsaba con esfuerzos, extenuándose con aquel trabajo, en la necesidad mecánica del alumbramiento,

to, y los dolores la agitaban sin resultado, como si luchase contra un imposible.

La mano del niño colgaba fuera de la vulva: una mano pequeña, negra, cuyos dedos se abrían y se cerraban por momentos, como si quisieran agarrarse á la vida.

El doctor Cazenove se había colocado entre las dos piernas, que sujetaban las dos mujeres, y una vez se volvió, aturdido por los trémulos resplandores que le alumbraban.

Era que Lázaro, detrás de él, temblaba con pavor tan grande, que la bujía se agitaba en su mano como impulsada por ráfagas de viento.

—¡Eh, muchacho!—díjole el doctor.—Dejad la palmatoria sobre la mesa de noche, y me alumbrará mejor.

Y el marido, incapaz de mirar más, fué á caer anonadado sobre una silla, al otro extremo del cuarto.

Y era en vano que no quisiera mirar más, porque veía sin cesar la pobre mano del niño, aquella mano que quería vivir, que buscaba á tientas un socorro en este mundo, á donde llegaba antes que las otras partes del cuerpo.....

Entonces el doctor se arrodilló, después de fro-

tarse con manteca la mano izquierda, que introdujo lentamente en el seno de la parturienta, mientras la oprimía el vientre con la derecha.

Fué necesario hacer entrar el brazo del niño para que los dedos del operador pudieran pasar, y tal era la parte más peligrosa de la maniobra: los dedos, ensanchados en forma de ángulo, penetraron en seguida poco á poco, con leve movimiento de rotación que facilitó la entrada de toda la mano; ésta se hundió más todavía en el seno, y fué á buscar las rodillas y luego los pies del niño, mientras la mano derecha se apoyaba con doble fuerza en el bajo vientre, ayudando á la operación que se practicaba en el interior; no se veía, empero, ningún resultado de tal operación, y sólo constaba que el brazo del feto había desaparecido dentro del cuerpo de la madre.

—Apenas se mueve—hizo notar la señora Bouland;—y yo temía que fuera bien indócil, porque hay ocasiones en que no bastan hombres para sujetarlas....

Paulina oprimía maternalmente hacia ella la pierna de Luisa, sintiéndola estremecerse de dolor y angustia.

—¡Querida mía, ten valor!—la dijo.

El silencio volvió á caer en aquella escena.

Luisa procuraba ver, y el menor movimiento irritaba sus dolores: si no hubiera podido decir lo que se hacía con ella, experimentaba por lo menos una ansiedad creciente, una sensación como si la arrancasen las entrañas.

Y Paulina no podía reconocer á la delicada niña rubia, de rasgos finísimos, de encantos dulces, en aquella criatura que se retorcía á través del lecho, con el rostro desfigurado por el sufrimiento.

Acometió á Luisa un nuevo síncope, de tal manera que parecía una muerta, y el esfuerzo de sus músculos se paralizó en absoluto.

—Más vale esto—dijo el médico, á quien se lo hizo observar la señora Bouland—porque me aplastaba la mano de tal modo con sus contracciones, que temía verme obligado á retirarla por ser insoportable el dolor. ¡Ah! ¡ya no soy joven!

Instantes después, aquella mano izquierda sujetaba las piernas del niño y las impulsaba suavemente para operar el movimiento de versión; la mano derecha comprimió el bajo vientre con mayor esfuerzo; los pies del niño aparecieron, después de indefinibles momentos de angustia.

Cazenove exhaló un fuerte suspiro, teniendo la

frente llena de sudor y la respiración entrecortada, como después de violento ejercicio.

Todos los presentes experimentaron también un gran alivio.

—¡Ahí estamos!—exclamó el médico.—Creo que no va mal, y el corazón del pequeño continúa latiendo.... ¡Pero todavía no le tenemos en nuestros brazos!

Y se levantó afectando alguna sonrisa.

Vivamente pidió á Verónica sábanas calientes, y en seguida, mientras se lavaba la mano, ensangrentada y sucia como la de un carnicero, procuró reanimar el ánimo del marido, que continuaba aplanado sobre una silla.

—Esto se acaba pronto, amigo mío. ¡Tened esperanza, qué diablo!

Lázaro no se movió.

La señora Bouland, que había logrado disipar el desvanecimiento de Luisa haciéndola aspirar en un frasco de éter, alarmóse no poco al ver que los esfuerzos de la parturienta cesaron por completo, y se lo dijo en voz baja al doctor.

—Lo esperaba—dijo éste—y es menester que nos ayude.

Y dirigiéndose á Luisa, añadió:

—Os ruego que no reprimáis los dolores.... Si me ayudáis un poco, ya veréis cómo todo saldrá bien.

Pero Luisa hizo un ademán para indicar que estaba sin fuerzas, exánime, y se la oyó balbucear con voz apagada:

—¡No siento nada en ninguna parte de mi cuerpo!

—¡Pobre querida mía!—dijo Paulina besándola.—Ya estás al cabo de tus penas....

El doctor volvió á arrodillarse y las dos mujeres volvieron á sujetar las piernas de la doliente, mientras Verónica entregaba al médico una sábana caliente.

Envolvió en ella los pies del niño y tiró de estos lentamente, con tracción suavísima é incesante; sus dedos subían á medida que el feto bajaba, cogiéndole primero por los tobillos, luego por las rodillas, envolviendo en seguida en la sábana cada nueva parte del pequeño cuerpo.

Cuando aparecieron las caderas, evitó la presión en el vientre de la madre, y operó con ambas manos en las ingles: el pequeño ser deslizábase con lentitud, ensanchando cada vez más el orificio de rojizas carnes con una tensión que amenazaba romperse.

Pero la madre, hasta entonces dócil, agitóse brus-

camente con los dolores que otra vez le acometían.

Aquello no era ya un esfuerzo: era que todo su cuerpo se rompía, como si se lo cortasen con un cuchillo muy pesado, á la manera de descuartizar las reses en una carnicería.....

Y su rebelión estalló con tal violencia, que Paulina la soltó de sus manos, y el niño se deslizó de las del Doctor.

—¡Cuidado!—gritó éste.— ¡Evitad que se mueva! Si el cordón no ha sido comprimido, todavía tenemos suerte.

Y habiendo cogido otra vez al niño, se apresuró á sacarle los brazos, uno después de otro, para que el volumen de la cabeza no se aumentase con alguna lesión importante.

Pero los estremecimientos convulsivos de la parturienta le estorbaban, y tenía que pararse en medio de la operación por temor á una fractura.

Las dos mujeres empleaban todas sus fuerzas en aquel lecho de miseria; y ella las sacudía, las levantaba con irresistible fuerza, apoyando la nuca en el borde de la cama, defendiéndose esforzadamente con las piernas para librarse de las manos que la atormentaban.

Era aquella una crisis de rabia, de gritos horri-

bles, en la sensación cruel de que se la asesinaba, arrancándola los riñones hasta el vientre.

—¡Sólo falta la cabeza!—dijo el Doctor con voz trémula.—No me atrevo á tocarla ahora, en medio de estas incesantes convulsiones..... Y como los dolores han reaparecido, ella misma dará á luz..... ¡Esperemos un poco!

Y sentóse á esperar.

La señora Bouland, sin dejar á la madre, cuidaba del niño, que estaba entre las piernas ensangrentadas, sujeto aún por el cuello y como estrangulado.

Sus pequeños miembros se agitaban débilmente, y luego cesaron todos los movimientos.

Asaltó al médico nuevo temor, y tuvo la idea de excitar las contracciones para concluir cuanto antes: levantóse, y ejerció fuerte presión en el vientre de la enferma.

Hubo algunos instantes de espantosa incertidumbre; la desgraciada gritaba con más fuerza á medida que la cabeza salía, y rechazaba las carnes del ancho orificio, que se aglomeraban como formando un anillo blanquecino; la piel amenazaba estallar; los excrementos se escapaban espontáneamente en medio de aquella suciedad.

El niño cayó, impulsado por supremo esfuerzo, bajo una lluvia de sangre y aguas cenagosas.

—¡Por fin!—murmuró Cazenove.—No podrá vanecerse este chiquillo de haber entrado en el mundo alegremente.....

La emoción de todos era tan intensa, que ninguno se preocupó de saber el sexo del recién nacido.

—¡Niño, caballero!—dijo la señora Bouland al padre.

Lázaro, con la cabeza vuelta hacia la pared, estaba en sollozos.

¡Luchaba el desgraciado con una desesperación inmensa! ¡Creía que hubiera sido mejor haber perecido todos que vivir todavía después de tan agudos sufrimientos!

¡Aquel pequeño ser que nacía, le dejaba triste hasta desear la muerte!

Paulina se había inclinado hacia Luisa para depositar un beso en la frente de la enferma.

—Ven á besarla—dijo después á su primo.

Él se acercó, y se inclinó también sobre Luisa; pero sintió cruel escalofrío al contacto de aquel rostro bañado en glacial sudor.

Su mujer estaba sin aliento, con los ojos cerrados, y él procuró ahogar su llanto, arrodillándose

al pie del lecho, con la frente apoyada en la pared.

—Creo que está muerto—murmuró el Doctor.—Atad pronto el cordón.

El niño, que no había tenido, al nacer, esos débiles vagidos que indican la entrada del aire en los pulmones, estaba casi amoratado, lívido en algunas partes, y era pequeño para ocho meses, con una cabeza de tamaño extraordinario.

La señora Bouland cortó y ató el cordón con mano rápida, después de haber hecho fluir una porción de sangre, y el niño, sin embargo, no respiraba, y los latidos de su corazón eran imperceptibles.

—¡Esto se acabó!—dijo Cazenove.—Tal vez podremos intentar fricciones y acaso insuflaciones de aire; pero creo que se perderá el tiempo..... Además, la madre necesita de todos nuestros cuidados, y es urgente pensar en ella.

Paulina escuchaba.

—Dadme el niño—exclamó.—Voy á probar..... Si no respira, le inspiraré mi aliento.....

Y le llevó consigo al cuarto inmediato, llevando también el frasco de alcohol y lienzos tibios.

Luisa sentía entretanto los últimos dolores del parto, expulsando la placenta con ayuda de la operación del Doctor; y éste y la partera lavaron las en-

sangrentadas piernas de la enferma, y arrolláronla al vientre una ancha tira de lienzo.

La debilidad de la recién parida y el frío sudor que bañaba su frente eran muy alarmantes; Luisa no se movía, pálida como la cera, con las sábanas cubierta hasta la barba, agobiada bajo cobertores de lana que no reanimaban su calor perdido.

—Quedaos—dijo el médico á la comadrona, que no dejaba el pulso de Luisa.—Yo tampoco me retiraré hasta que inspire tranquilidad el resultado de lo que hemos hecho.

\*  
\*\*

Al otro lado del pasillo, en la antigua cámara de la señora Chanteau, Paulina luchaba contra la asfixia creciente del desdichado ser que había llevado consigo.

Habíale colocado en un sillón, delante de un buen fuego, y de rodillas en la alfombra, humedeciendo una compresa de hilo en una copa de alcohol, le friccionaba sin descanso, sin sentir el calambre que poco á poco la embargaba con su rigidez el brazo.

Era el pobre niño tan delgado, de carnes tan débiles, de fragilidad tan deplorable, que la joven tenía miedo de acelerar su muerte frotándole demasiado fuerte.

Y así, aquella fricción incesante era como una dulce caricia, como el suave roce de las alas de un pájaro.

Y le volvía con precaución, intentando llevar la sangre y la vida á cada uno de los rígidos miembros del niño, el cual no se movía; si las fricciones le habían dado algún calor, el pecho continuaba exhausto, hueco, sin que el menor aliento le animase, y el color del cuerpo se tornaba cada vez más azulado.

Entonces, sin repugnancia por aquella faz yerta y apenas lavada, pegó su boca á la boca inerte del pequeño, y sopló débilmente, con lentitud, midiendo su aliento con relación á la escasa fuerza de los angostos pulmones en que el aire debía entrar.

Y luego, cuando sentíase sofocada con tal esfuerzo, parábase algunos segundos y volvía á empezar con doble insistencia y sin perder la esperanza.

¡Toda su sangre afluíá á su cabeza, zumbábanle los oídos, sentía el amago del vértigo!

Y no dejaba al pequeñuelo, sino que le dió su propio aliento por espacio de media hora, aunque no lograba ningún resultado, y cuando aspiraba sólo sentía el hedor de la muerte.

Muy suavemente procuró todavía alguna reacción

en los costados, oprimiéndolos con la punta de los dedos.

¡Cualquiera menos ella habría abandonado aquel intento de resurrección imposible!

Pero Paulina quería que el niño viviese, y sintió animarse aquel pobre cuerpo al observar que la pequeña boca había tenido un ligero estremecimiento bajo sus propios labios, débil signo de existencia que la infundió nuevo aliento, valor más heroico.

Y volvió á empezar la fricciones, y continuó de minuto en minuto inspirándole su aliento, alternativamente, con su caridad incomparable.

¡Oh! ¡había en ella como una necesidad creciente de vencer en la lucha, de dar la vida á aquel ser desdichado!

Y sin embargo, temió por un instante haberse equivocado, porque con sus labios oprimía sólo otros labios inmóviles, inertes.

Mas luego observó una rápida contracción: poco á poco el aire entraba, el niño lo aspiraba y lo devolvía suavemente, y bajo su garganta parecían resonar los latidos del corazón.

Y desde entonces su boca no se apartó de la pequeña boca del recién nacido; ella, Paulina, vivía

con aquel pequeño ser; sólo había para los dos un aliento en tal milagro de resurrección: su aliento débil, pausado, que se alargaba, que iba de la una al otro como si fuese de un solo cuerpo.

Y cuando el niño gritó con gemido lastimero, ella cayó sentada delante del sillón, removida hasta el fondo del cuerpo.....

El fuego de la chimenea llenaba de viva claridad el cuarto.

Paulina continuaba en el suelo, delante del niño, á quien todavía no miraba.....

¡Cuán raquíptico era aquel pobre ser, apenas formado!

Y una especie de protesta levantaba su corazón, contra aquel miserable hijo que Luisa daba á Lázaro.

Y ella dirigía sus miradas á su propio seno, á sus anchas caderas, á su vientre de virgen que acababa de estremecerse, y sospechaba que habría tenido en la amplitud de su seno un hijo más sólido y más fuerte.

¡Dolor inmenso de su existencia sin objeto, de su sexo de mujer que dormiría estéril!

La crisis que la asaltó en la noche de las bodas de Lázaro y Luisa volvía á acometerla ahora en presencia de tal nacimiento. ¡Justamente en aquella

misma mañana se había levantado con el flujo potente y perdido de su fecundidad!

¡Nunca sería madre!

Y ella hubiera querido entonces que toda la sangre de su cuerpo se agotase, por lo mismo que no podía dar la vida á ningún ser humano.

¿Para qué su pubertad vigorosa, sus órganos y sus músculos henchidos de savia de vida, el perfume de salud y robustez que exhalaban sus carnes?

¡Ella permanecería como campo inculto que se marchita y se deseca en el abandono!

En vez de aquel aborto deplorable, parecido á un insecto, desnudo sobre el sillón, Paulina veía al hermoso vástago que hubiera nacido de su matrimonio con Lázaro, y no podía consolarse, y lloraba por el hijo que no tenía y no tendría nunca. ¡Su maternidad se resistía á morir!

Pero el pobre ser continuaba gimiendo lastimero, y se agitaba en el asiento del sillón hasta que ella tuvo miedo de que cayese al suelo; y entonces su caridad se despertó delante de tanta fealdad y tanta pobreza de cuerpo débil.

¡Ella le aliviaría! ¡Ella le ayudaría á vivir, como le había ayudado á nacer!

Y en el olvido de sí misma, acabó por darle los

primeros cuidados, y le puso encima de sus rodillas vertiendo lágrimas por el dolor de su esterilidad y por su compasión hacia la miseria de los vivos.

\*  
\* \*

La señora Bouland, advertida al punto, entró al cuarto para ayudarla á lavar al recién nacido, y luego le envolvieron ambas en una sábana tibia, le vistieron, y le acostaron en el lecho de la cámara, esperando á que la cuna estuviese dispuesta.

La partera, asombrada de encontrar al niño con vida, examinóle con cuidado, y declaró que parecía de buena contextura, pero que sufriría mucho en su infancia, por lo raquítico que era.

Y se apresuró á volver al lado de Luisa, que estaba en gran peligro.

Lázaro entró á ver á su hijo, enterado del milagro que Paulina había hecho.

—Ven, ven á verle—dijole su prima conmovida.

Él se acercó temblando, y no pudo contener esta exclamación:

—¡Dios mío! ¡tú le has acostado en ese lecho!

Desde la puerta había tenido un estremecimiento de miedo: aquella sala abandonada, todavía triste por el luto, donde se entraba pocas veces, encontrá-